



Grupo de Estudio de las
Transformaciones de la
Economía Mundial

La carta del GETEM

Carta número 26. Septiembre de 2021

“La guerra en Tigray: claves de una nueva crisis en el Cuerno de África” por Alicia Campos Serrano

La región etíope de Tigray (ver mapa) es escenario, desde noviembre de 2020, de un conflicto armado con importantes implicaciones regionales, y que según un [informe reciente de la Universidad de Ghent](#), ha conllevado cerca de 2 millones de desplazados internos y 60.000 refugiados en la vecina Sudán. Hay documentadas o reportadas unas 12.000 víctimas mortales, muchas de ellas en las 245 masacres producidas hasta junio; junto al asesinato sistemático de hombres en edad de combatir, se han denunciado numerosos [ataques sexuales contra mujeres](#) y otras violaciones de derechos humanos.

El inicial bloqueo informativo y posterior [acoso a periodistas](#) locales e internacionales hace difícil, no obstante, conocer la verdadera dimensión de las tragedias que esta guerra está provocando. El acceso de organizaciones humanitarias también se ha visto dificultada desde el principio: peor aún, las instalaciones sanitarias se han convertido en [objetivo militar](#), con el 75 % de las mismas atacadas y saqueadas, y varios trabajadores humanitarios han sido asesinados. Todo ello agrava la crisis alimentaria que ya está padeciendo la región, debido tanto a la sequía como al desplazamiento forzoso de los agricultores: el [Famine Review Committee](#) de la ONU ha señalado en un informe de junio, los elevados niveles de inseguridad alimentaria aguda y el riesgo de hambruna en Tigray, con 400.000 personas en situación "catastrófica".

Además de atender a la crisis humanitaria, como intentan ONG locales y transnacionales en los intersticios de la guerra, urge comprender quiénes son los principales actores que se enfrentan en este conflicto, sus objetivos y estrategias, y los condicionantes del contexto más amplio en el que actúan. Viejas explicaciones para entender conflictos armados en África resultan infructuosas: de poco nos sirve buscar enfrentamientos indirectos de grandes potencias, intereses ocultos de empresas extractivas transnacionales, o un estado poscolonial impuesto "artificialmente" sobre pueblos históricamente separados. La diversidad de actores y la complejidad de sus enfrentamientos, siempre presente en los conflictos en África y otros lugares del mundo, es aquí más que evidente.

Mapa de Etiopía



Fuente: "Ethiopia: war in Tigray threatens to end Abiy's dream of unity", [Financial Times, 8/4/2021](#)

Nueve meses de escalada

El 4 de noviembre de 2020 el gobierno de la región de Tigray, dirigido por Debretsion Gebremichael del **Frente de Liberación del Pueblo de Tigray (TPLF)**, lanzó una serie de ataques a bases militares del estado, que fueron respondidas inmediatamente con una contraofensiva gubernamental. El 28 del mismo mes, el Primer Ministro etíope Abiy Ahmed proclamó el control sobre la capital regional, Mekele, la expulsión y sustitución del TPLF en el gobierno y el [fin de la operación militar en Tigray](#).

Pero la realidad se mostraría muy alejada de los deseos del Primer Ministro, y el conflicto continuaría entre el ejército nacional y unas reorganizadas **Fuerzas de Defensa de Tigray (TDF)**, que desarrollarían a partir de entonces una guerra de guerrillas. Las TDF aúnan a las Fuerzas Especiales de la región de Tigray, a miembros de otros partidos y milicias locales y desertores de ejército nacional bajo la vieja élite del TPLF. Además, desde principios de agosto se han desarrollado negociaciones con el **Ejército de Liberación Oromo (OLA)** para establecer un [frente común contra el gobierno central](#).

La **Fuerza de Defensa Nacional Etíope (ENDF)** tampoco ha estado solo en su intento de derrotar a las TDF. De hecho, son muchos los grupos armados que se han hecho presentes en Tigray. En primer lugar, el ejército de la vecina Eritrea ha ocupado franjas fronterizas importantes en el norte, donde se encontraban algunos de los campos de refugiados de larga duración provenientes de este país. Por otra parte, milicias informales procedentes de otras regiones, fundamentalmente de la vecina Amhara al sur, también han sido acusadas de llevar a cabo masacres con tintes de limpieza étnica en zonas rurales de Tigray.

En el resto del país, se han producido desde el principio ataques y detenciones de personas originarias de Tigray, mientras que originarios de otras áreas,

incluidos [refugiados eritreos](#), han sufrido también persecución por parte de las fuerzas tigrayanas en una espiral donde la identificación nacional y étnica sitúa a la población en la diana de unos u otros contendientes. Es importante señalar que los carnés de identidad en Etiopía establecen la etnia a la que "pertenece" su detentador.

A lo largo de estos meses, las fuerzas tigrayanas han ido contra-atacando hasta controlar la mayor parte de los distritos Noroeste, Central, Oriental, Suroriental y Sur de Tigray. De hecho, en junio de 2021 el ENDF acabó abandonando Mekele, que está ahora [de nuevo en manos de las TDF](#). Estas han avanzado también sobre las regiones vecinas de Afar y Amhara, en donde controlan ya ciertas ciudades clave como Lalibela. Por su parte, la presencia del ejército etíope, centrada ahora en el distrito Occidental, está siendo sustituida por milicias provenientes de otras regiones Amhara, Afar, Oromía y Somalia. De hecho, el gobierno está llevando a cabo una [campaña de reclutamiento](#) masivo en el conjunto del país, que anima a todos los "etíopes capaces" a unirse tanto a las ENDF como a las Fuerzas Especiales regionales e incluso a las milicias informales.

El conflicto en Tigray está teniendo además ramificaciones en otros territorios. Ya hemos mencionado el papel de Eritrea. Pero es Sudán el que sufre desde el comienzo una crisis humanitaria en su propio territorio [al acoger a miles de refugiados](#). Al mismo tiempo, su ejército ha expulsado a la población etíope que habitaba la franja fronteriza de al-Fashaga. Por su parte, Addis Abeba ha rechazado una reciente oferta del gobierno sudanés [para mediar en el conflicto](#). Las organizaciones internacionales regionales parecen sin embargo ausentes de los intentos, por el momento inútiles, de solución.

Actores y proyectos en conflicto

Son múltiples, como puede observarse, los actores implicados en esta guerra. Un análisis más detenido de sus posiciones iniciales, discursos y estrategias puede ayudarnos a entender mejor qué es lo que está en juego en Tigray.

1. Frente de Liberación del Pueblo de Tigray: El TPLF surgió como un movimiento armado contra el régimen militar del Derg (1974-1991), con base en la región de Tigray. A partir de 1988 formó parte fundamental del Frente Revolucionario Democrático del Pueblo Etíope (ERDPP), que en 1991 derrocó al presidente Mengistu Haile Mariam y gobernó el país hasta 2019. El orden político se reorganizó entonces en torno a un ["federalismo étnico"](#) que trataba de combinar, de manera novedosa principios democráticos, socialistas, descentralizadores y culturalistas.

En la práctica, cada región ha estado gobernada por el partido político regional que formaba parte del ERDPP, al tiempo que en el gobierno central el TPLF ha dominado la coalición. En estas casi tres décadas de hegemonía, presidida por Meles Zenawi desde 1995 a 2012, la coalición ha sido acusada de prácticas muy poco democráticas, con altos niveles de corrupción, abuso de poder y represión de los opositores. Además, se han mantenido conflictos armados con grupos secesionistas en las regiones de Oromía y Somalia (Ogadén), y con la vecina Eritrea (como se mencionará más adelante).

Esta [situación cambió para el TPLF en 2019](#), cuando el nuevo primer ministro Ahmed Abiy inició transformaciones políticas sustanciales dirigidas a limitar tanto la estructura etno-federal como la hegemonía del partido tigrayano en el gobierno. La refundación de la coalición del EPRDF como un partido mucho más unitario, el Partido de la Prosperidad (PP), llevó a los líderes del TPLF a abandonar el gobierno y centrar sus estrategias en su bastión regional.

En junio de 2020, cuando en plena pandemia del SARS-COV-2 el gobierno etíope pospuso las elecciones regionales previstas, el gobierno de Tigray decidió seguir adelante con su organización: el TPLF volvió a obtener una victoria aplastante y en noviembre decidió lanzar el ataque a las bases militares que como sabemos inició el conflicto actual. El lenguaje nacionalista del TPLF y de las refundadas TDF no implica, necesariamente, la reivindicación de la independencia de Tigray. El pequeño territorio, rodeado de gobiernos hostiles, no facilita imaginar en el futuro inmediato un nuevo estado en la región. Los objetivos de la élite tigrayana parecen dirigirse más bien a recuperar la situación anterior a 2019, con una fuerte autonomía para Tigray, y una hegemonía de su élite en el gobierno de Etiopía.

2. El gobierno etíope y Ejército Nacional de Defensa Etíope. El presidente Ahmed Abiy fue nombrado líder del Frente Democrático Revolucionario del Pueblo Etíope (EPRDF) y presidente del gobierno etíope en abril de 2018. Era el primer líder que no provenía del TPLF sino del Oromo Democratic Party, e inauguró su presidencia con la liberación de presos políticos y la firma de acuerdos de paz tanto con el gobierno de Eritrea como con los movimientos armados en Oromía y Ogadén. Las expectativas generadas por el joven presidente se reflejaron en la concesión del Premio Nobel de la paz en ese año.

El gobierno etíope bajo el liderazgo de Abiy está protagonizando una [reconstitución del estado etíope](#) a partir de principios mucho más centralizadores y pan-etíopes que los que rigieron la elaboración de la constitución de 1995. Como ya se ha mencionado, a finales de 2019 el EPRDF se reconfiguró como el Partido de la Prosperidad, de estructura más unitaria. Este cambio ha sido aplaudido por muchos de quienes reivindicaban un sistema más multipartidista y con políticas más homogeneizadoras para todo el territorio del estado, y también por gran parte de la élite Amhara, tradicionalmente dominante hasta la llegada del EPRDF al poder.

Pero previsiblemente también ha generado resistencias por parte de intereses más locales y etno-nacionales, y no solo en Tigray. La tensión entre dinámicas centralizadoras y descentralizadoras, entre la acumulación de poder en el estado o en sus componentes no es en absoluta nueva en Etiopía: desde el siglo XVIII la construcción del actual estado etíope se ha llevado a cabo a partir de la concertación, pero también en conflicto con los señores y élites regionales.

El 21 de junio se celebraron las [elecciones generales](#) pospuestas el año anterior debido a la pandemia del SARS-COV-2, que han dado una victoria holgada al Partido de la Prosperidad. Sin embargo, ni el TPLF ni otros partidos regionalistas como el Frente de Liberación Oromo (OLF) y el Congreso Federal Oromo (OFC) han participado en los comicios, y todavía está pendiente su celebración en aquellas regiones controladas por las TDF o afectadas por la guerra. Tras las elecciones, el 28 de junio, Ahmed Abiy ordenó la retirada del

ejército de Mekele y declaró un breve alto el fuego, que no ha servido para iniciar ningún tipo de negociación con las TFD.

El discurso del gobierno, acorde con los principios pan-etíopes, ha insistido en que este no era un conflicto inter-étnico, y que los objetivos del ejército eran fundamentalmente militares. Tras la ocupación de Mekele, Abiy presumió de no haber provocado víctimas civiles. Sin embargo, como hemos visto, la guerra ha ido adoptando tintes etnicistas, y son muchas las personas asesinadas u obligadas a huir por su origen étnico. Ello ha venido de la mano, fundamentalmente, de las fuerzas especiales y milicias Amharas y de otras regiones.

De este modo, y paradójicamente, la ofensiva contra el autonomismo tigrayano por parte del gobierno central ha acabado por recurrir a los grupos armados de otros territorios, reforzando así la importancia de los gobiernos regionales distintos al de Tigray en el proyecto nacional del Partido de la Prosperidad. Otro socio fundamental ha resultado ser un viejo enemigo de Addis Abeba: el gobierno de Eritrea. A todos ellos volvemos ahora la mirada.

3. Fuerzas especiales regionales y milicias locales. Desde el estallido del este conflicto, junto a los dos principales ejércitos, han actuado [otros grupos armados](#) procedentes tanto de Tigray como de regiones limítrofes, fundamentalmente de Amhara. Se trata de Fuerzas Especiales vinculadas a los gobiernos regionales y milicias informales de "autodefensa". Estos grupos son sistemáticamente acusadas de cometer atrocidades contra civiles y a menudo sus objetivos parecen ser la eliminación e intimidación de aquellas personas de la etnia contraria a la que reclaman representar.

Uno de los primeros y más graves episodios en este sentido fue el producido en la ciudad de [Mai Kadra](#) cercana a la frontera con Sudán, entre el 9 y el 10 de noviembre de 2020, donde murieron entre 600 y 1.100 personas, según distintas estimaciones. Todavía no está claro si los principales perpetradores fueron la milicia *Samri*, afín al TPDF, contra personas procedentes en su mayoría de la región Amhara; o milicias Amhara como los *Fano* y los *Salug*, que al abrigo de la llegada del ENDF a la ciudad, vaciaron de vecinos el centro de la ciudad.

Sea como fuera, el fenómeno del vigilantismo que protagonizan grupos informales de jóvenes armados, autodefinidos en términos étnicos, constituye un elemento clave para comprender tanto algunas de las tensiones subyacentes, como las dinámicas más violentas del conflicto. La rivalidad por el control de ciertas franjas de tierra fértil y la consolidación de imaginarios étnicos excluyentes explican en gran medida su reactivación al calor de la guerra entre el ENDF y las TFG.

Aunque con agenda propia, estos grupos también están siendo utilizados por las élites de los gobiernos de Tigray y Etiopía. De hecho, las TFG han acogido en su seno a miembros de milicias tigrayanas, al tiempo que el ENDF se ha mostrado permisivo con las atrocidades cometidas en las zonas que controlan. Como hemos mencionado, tras la retirada del ejército nacional de Mekele, el gobierno de Addis Abeba ha animado a jóvenes de otras regiones a colaborar en la lucha contra el autonomismo de Tigray a través no solo del alistamiento en el ejército, sino también de las Fuerzas Especiales y de estos grupos

informales. Todo ello hace temer una escalada en el nivel de violencia que podemos observar en el futuro.

Un hecho reciente es la entrada del Ejército de Liberación Oromo (OLA) en la contienda. El OLA es una escisión del Frente de Liberación Oromo (OLF), un movimiento político y armado que contribuyó a la derrota del DERG pero que posteriormente mantuvo un conflicto con el gobierno del EPRDF. Cuando en 2018 ambas partes llegaron a un acuerdo de paz, una facción no aceptó sus términos. Aunque fue durante el dominio del TPFL cuando más se reprimió al movimiento independentista oromo, en agosto de 2021 el OLA ha anunciado una alianza militar con las TDF.

4. El gobierno de Eritrea y su ejército. Desde su independencia respecto de Etiopía, tras un referéndum organizado en 1993, el gobierno de Eritrea ha estado controlado por el partido único Frente Popular para la Democracia y la Justicia (DJPF, proveniente del Frente Popular para la Liberación de Eritrea - ELPF) bajo el liderazgo de Isaias Afewerki. Es interesante señalar que debido en parte al papel del ELPF en la victoria del EPRDF en la guerra contra el DERG (así como la configuración plural del EPRDF), la actual constitución etíope es la única en el mundo que reconoce el derecho a la libre determinación de sus regiones.

En 1997, discrepancias en torno al trazado de la frontera entre ambos países llevó al estallido de una guerra que, tras una fase más mortífera, se convirtió a partir de 2000 en una situación de tensión militar permanente. Tanto la guerra como las políticas autoritarias del DJPF, que establecen el reclutamiento forzoso de una gran parte de los jóvenes del país, han provocado una grave situación humanitaria, con miles de refugiados que se han asentado en la zona etíope vecina.

Recién estrenado en el gobierno en 2018, Ahmed Abiy aceptó la propuesta de límites elaborada en 2002 por una Comisión Conjunta con respaldo de Naciones Unidas, y propició la firma de una declaración conjunta con el presidente Afewerki que ponía fin al estado de guerra entre ambos países. Este acuerdo, que supuso la concesión del [Premio Nobel de la Paz al primer ministro Abiy](#), se ha convertido con el tiempo en un factor más en la escalada conflicto, y también en las atrocidades que sufre la población de Tigray.

Desde el estallido de la guerra, [el ejército del país vecino ha ocupado](#) el noreste de la región, atacando los campos de refugiados de sus nacionales, al tiempo que ha apoyado al ejército etíope en algunas de sus operaciones contra las TDF. Por su parte, hasta el 47% de las víctimas mortales contabilizadas hasta junio lo han sido a manos de los militares eritreos. Entre los soldados eritreos se sospecha que también luchan [soldados somalíes](#).

5. El gobierno de Sudán. Frente a los cambios producidos respecto a Eritrea, Addis Abeba mantiene [varios contenciosos abiertos con Khartoum](#). El primero es en torno a la [Gran Presa del Renacimiento](#) y la central eléctrica asociada construidas en el tramo etíope del Nilo, que sudaneses y egipcios temen que genere importantes distorsiones en el caudal que transcurre por sus territorios. El segundo es en relación a la fértil franja de al-Fashaga, en la frontera de ambos países, que desde un compromiso en 2008 ha sido administrada por Sudán pero habitada y cultivada por agricultores etíopes.

Con el estallido de la guerra, [miles de refugiados cruzaron a territorio sudanés](#), donde se han establecido grandes y frágiles campamentos de refugiados gestionados por el gobierno sudanés y las agencias internacionales. Por su parte, milicias sudanesas han ocupado y expulsado a los habitantes etíopes de al-Fashaga, procedentes mayoritariamente de la región Amhara. La tensión entre ambos países no ha supuesto, no obstante, enfrentamientos abiertos entre sus ejércitos.

De hecho, el gobierno sudanés [se ha ofrecido como mediador](#) entre el gobierno de Addis Abeba y las TDF, lo que ha sido rechazado por Addis Abeba a la espera tal vez de una mejor posición en las potenciales negociaciones.

6. Grandes y medianas potencias. Ninguna gran potencia ha hecho sentir su presencia de manera contundente en el conflicto. Etiopía es en sí misma una potencia regional, así como aliada estratégica tanto de Estados Unidos como de China. Las presiones a las que el gobierno etíope se ha enfrentado en este sentido no son especialmente severas, aunque en los últimos tiempos han ido aumentando su intensidad. El [Secretario de Estado americano condenó](#) en julio los ataques contra civiles, sin señalar a ningún actor concreto como principal culpable, mientras que en agosto el presidente Joe Biden ha [despachado a un enviado especial](#) con el objetivo de propiciar una negociación entre las partes. Más específicas han sido las peticiones, tanto del gobierno de Estados Unidos como de la [Unión Europea](#), para que Eritrea se retire del conflicto.

Por otra parte, Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudí poseen intereses en el Cuerno de África, y ambos gobiernos jugaron un papel mediador fundamental en el acuerdo de paz entre Etiopía y Eritrea. En el inicio del conflicto, el TPFL denunció la presencia de drones militares de EAU, lo que ha sido desmentido por observadores independientes. No obstante, no es descartable en el futuro un papel discreto de potencias medias árabes en el conflicto.

7. Organizaciones sociales, organismos internacionales y periodistas. Son muchos otros los actores que juegan un papel pacificador, aunque menor, en este conflicto. Organizaciones sociales de carácter local e internacional, de derechos humanos y de ayuda humanitaria, han tratado de atender a las víctimas de la guerra. No obstante, su acceso a la región, impedida por el gobierno en las primeras semanas del conflicto, ha seguido siendo difícil. Hasta los centros de salud se han convertido en objetivo militar, como mencionamos al inicio, y varios [trabajadores de ONG han sido asesinados](#).

Los organismos especializados de Naciones Unidas como ACNUR han tratado de cumplir su función, con enormes limitaciones, en los campos de refugiados de Sudán y Tigray. Por su parte, el Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas, aprobó en julio una [resolución exigiendo la retirada de Eritrea](#), aunque fue aprobada solo por 20 miembros frente a 14 votos negativos y 13 abstenciones. Sin embargo, la intervención de las organizaciones regionales (Unión Africana, IGAD) donde Etiopía tiene un peso relevante, no se ha hecho notar especialmente hasta el momento.

No pueden olvidarse aquí todas aquellas personas que siempre se arriesgan, con los recursos a su alcance, para defender a sus vecinos amenazados. Sus historias y su número acaba quedando oculto por las grandes cifras y las grandes organizaciones, así como por la atención que se presta a aquellos que

cometen las atrocidades; pero a veces asoman en los intersticios de los [informes sobre el conflicto](#).

Un presente dramático y un futuro incierto

A estas alturas del conflicto es difícil ser concluyente. Como suele ocurrir, a la controversia central, entre el gobierno regional de Tigray liderada por el grupo político dominante en Etiopía hasta 2018, y el gobierno en Addis Abeba reconstituido en torno al Partido de la Prosperidad, convergen otros conflictos, también de larga duración. En primer lugar, un conflicto por tierras, en un país con una gran mayoría de personas dedicada a la agricultura, que se plantea en términos étnicos (Amharas y Tigriñas) y también nacionales (sudaneses y etíopes en la franja al-Fashaga). En segundo, existe un conflicto geopolítico, en el que Eritrea busca reforzar su alianza con Addis Abeba y su posición en el Cuerno de África.

El conflicto entre gobierno central y gobierno regional es expresión de una tensión subyacente al moderno estado etíope casi desde su origen en el siglo XIX, entre tendencias más centralizadoras y homogeneizadoras y tendencias más descentralizadoras y fragmentadoras. Pero también es una mera lucha de poder entre élites, todas ellas con fuertes vínculos locales, con independencia de que utilicen discursos identitarios pan-etíopes o de carácter más regional.

El fin del conflicto dependerá de las estrategias que adopten estas élites y el momento en que decidan que están en la mejor posición para negociar un acuerdo favorable a sus intereses. Cuál será la nueva reconfiguración del estado etíope está por ver. Lo único claro es que, hasta que ello ocurra, las víctimas seguirán siendo los más vulnerables, por el momento fundamentalmente tigrayanas pero cada vez más de otros orígenes. Por último, no es de descartar que el conflicto se extienda a otras regiones del país, lo que aumentará el número de actores implicados y las complejidades un potencial acuerdo de paz duradero.

Conoce el [Grupo de Estudio de las Transformaciones de la Economía Mundial \(GETEM\)](#) y el resto de [Cartas publicadas](#)